

Manual de
Historia
de la
Literatura
española 2
Siglos
XVIII al XX



Títulos publicados

- 1 David Pujante
Manual de retórica
- 2 Pedro Ruiz Pérez
Manual de estudios literarios
de los Siglos de Oro
- 3 Elena Varela, Pablo Jauralde
y Pablo Moíño
Manual de Métrica española
- 4 Teresa Rodríguez
Manual de sintaxis del español
- 5 Fernando Cobo Aseguinolaza
y María do Cebreiro Rábade
Manual de teoría de la Literatura
- 6 José Luis Alonso de Santos
Manual de teoría
y práctica teatral
- 7 Ángel L. Prieto de Paula
y Mar Langa Pizarro
Manual de Literatura
española actual
- 8 Fernando Gómez Redondo
Manual de crítica literaria
contemporánea
- 9 Joaquín Garrido
Manual de lengua española
- 10 Lina Rodríguez Cacho
Manual de historia de la
literatura española
1. Siglos XIII al XVII
- 11 Lina Rodríguez Cacho
Manual de historia de la
literatura española
2. Siglos XVII al XX (hasta 1975)
- 12 Fermín de los Reyes Gómez
Manual de Bibliografía



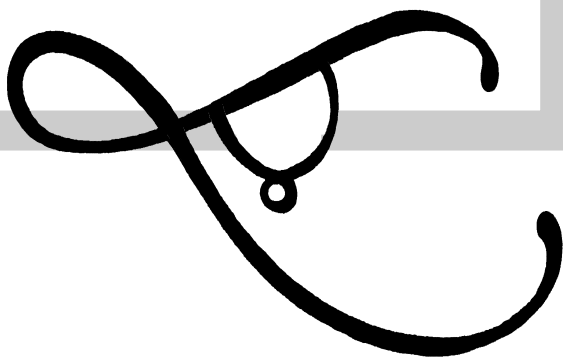
CASTALIA

INSTRUMENTA

Lina Rodríguez Cacho


Manual
de
Historia
de la
Literatura
española

2 Siglos
XVIII al XX





CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de  edhasa

Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 2009

Primera edición: junio de 2017

Primera reimpresión: julio de 2020

© Lina Rodríguez Cacho, 2009, 2017

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2017

Ilustraciones de cubierta: fragmentos de El Greco: *Fray Hortensio Félix Paravicino* (1609, Museum of Fine Arts, Boston), El Bosco: *El Jardín de las Delicias* (1503-1515, Museo Nacional del Prado, Madrid) y manuscrito del *Livre de la Cité des dames*, de Christine de Pisan (1405, París).

Diseño gráfico: RQ

ISBN 978-84-9740-772-4

Depósito Legal B.11463-2017

Impreso en Black Print CPI

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, (www.cedro.org)) o entre en la web www.conlicencia.com

Índice

5

Tercera parte: Siglos XVIII al XIX

1. Vertientes de la prosa ilustrada.....	11
El peso de la tradición	20
La novela pedagógica.....	29
La prensa y el auge de la epístola	35
La originalidad de Cadalso	44
2. La poesía y el teatro neoclásicos	59
Contrastes de la poesía dieciochesca	61
La guerra de los gustos teatrales	72
La comedia de costumbres y el sainete	80
3. El teatro y la poesía en el siglo XIX	95
Para una definición de ‘lo romántico’	98
El apogeo del drama histórico	107
Espronceda y Bécquer, líderes de poetas románticos.....	120
Los géneros teatrales en la segunda mitad de siglo	142
4. La prosa romántica	153
Larra y las vertientes del costumbrismo.....	156
Bécquer prosista.....	170



5. Galdós y 'Clarín' en el auge de la novela realista	177
La novela regionalista y 'de tesis'	183
La independencia de Valera	194
Pérez Galdós y sus proezas	201
La novela naturalista en España	211
La narrativa de 'Clarín', síntesis de su siglo	224

Cuarta parte:

Siglo XX (hasta 1975)

1. La 'Edad de Plata' (1902-1939) y sus generaciones literarias	241
La discutida 'Generación del 98' y el 'Novecentismo'	242
La nueva prosa ensayística	251
El Modernismo en la poesía de principios de siglo	261
Los nuevos modelos líricos: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado	267
2. Los renovadores de la novela	283
Secuelas del naturalismo	286
Pío Baroja y el nuevo realismo	292
Azorín y Unamuno novelistas	305
Valle, gallego universal	310
La originalidad de Pérez de Ayala	318
3. El teatro hasta 1936	327
Las fórmulas heredadas y sus beneficiarios	330
El teatro histórico modernista	338
Los reinventores de la farsa: Arniches y la 'tragedia grotesca'	344
Valle-Inclán y la revolución del 'esperpento'	350
Los dramas poéticos de García Lorca	363
4. El 'Grupo poético del 27' y las vanguardias	379
El culto a la imagen en la nueva poética	387
Neopopularismo y surrealismo: la poesía de Alberti y García Lorca	395
Los diversos caminos de la 'poesía pura': el magisterio de Salinas y Cernuda	412

5. La literatura en torno a dos guerras	433
La ‘poesía humana’ y existencial a partir de la Guerra Civil	436
La poesía de ‘la España peregrina’	460
El teatro durante los primeros años de la dictadura	471
La novela testimonial y el auge del ‘tremendismo’	476
Cap. 6. La novela en décadas de la dictadura: 1945-1975	491
La generación de ‘Los niños de la guerra’ y la memoria histórica	493
Vertientes del realismo social en la década de los cincuenta	500
Nuevas técnicas narrativas en los sesenta y primeros setenta	523
7. El teatro desde 1950	549
La renovación del humor	551
Los dramaturgos del realismo social	555
Los renovadores de la escena desde mediados de los sesenta	569
8. La poesía desde mediados de siglo	575
El auge de la poesía social y la reacción del ‘Postismo’	578
Las ‘señas de identidad’ en la poesía de los sesenta	590
El ‘culturalismo’ de los poetas ‘novísimos’	605
Bibliografía	613
Índice de autores y obras anónimas	631
La autora: Lina Rodríguez Cacho	645



Tercera parte

Siglos XVIII al XX

I. Vertientes de la prosa ilustrada

II

Nada equiparable al genio artístico de Goya puede encontrarse en las letras españolas del siglo XVIII. El llamado Siglo de las Luces o de la Ilustración fue en España mucho más rico en propuestas ideológicas que imaginativas, más prolífico en discursos teóricos que en ficciones, por lo que resulta más interesante para la historia del pensamiento que para la de la literatura¹. Puede parecer afirmación tajante, pero la pobreza creadora con la que se abrió el siglo es un hecho que constatan los expertos, empeñados desde hace décadas en rescatar textos perdidos u olvidados del setecientos. Sabido es que el racionalismo se impuso en todos los ámbitos, y con ello una idea de utilidad y provecho que

¹ El término 'Ilustración' está ligado a la metáfora de las luces, de la 'iluminación' que produce el conocimiento que surge del racionalismo empírico, y tuvo equivalencia exacta en las distintas lenguas: *Enleightement*, *Aufklärung*, etc. Lo impulsaron los enciclopedistas franceses e ingleses, quienes pretendieron resucitar ideales renacentistas para erradicar la mentalidad escolástica y su base filosófica aristotélica, que consideraban 'oscura' en tanto que dogmática, retrógrada y, por tanto, un lastre para el progreso.

chocaba con la mera búsqueda de placer estético que está en la base de toda creación literaria. Al igual que sucediera con los humanistas del siglo XVI, los ilustrados mostrarían su preferencia por géneros y autores de la Antigüedad grecolatina que reivindicaron el orden y la coherencia de pensamiento sobre cualquier otra cualidad, pues apreciaban sólo aquella literatura basada en la verosimilitud y el ‘provecho’ ético. Lo que caracterizó a este otro siglo es la valoración del rigor científico en todos los ámbitos: la fe absoluta en el análisis de datos para establecer leyes hizo que prevaleciera la experiencia como garantía “contra el engaño de los sentidos y los extravíos de nuestra imaginación” (P. Hazard), lo que suponía ya un claro prejuicio negativo hacia todo lo que surgiera puramente de la fantasía. Una buena prueba de ello es el *Robinson Crusoe* (1719) de Defoe, que tenía mucho más de reflexión moral sobre un experimento humano que de novela, como prueba el que su autor la considerara “historia para enseñanza de los demás a través del ejemplo”, sintiéndose orgulloso de que su editor dijera de ella que no tenía “siquiera apariencia de ficción”. Y salvo en contados casos, esas mismas palabras podrían atribuirse a los pocos narradores de mérito que tuvo España entre 1690 y 1850, aproximadamente.

Con los humanistas del Renacimiento compartían también los escritores del setecientos una misma fe en la educación –y en los viajes como componente esencial de ella– para desterrar prejuicios, perfeccionar al individuo en sus hábitos, y reformar así, en consecuencia, las costumbres sociales. *La instrucción pública es el primer origen de la prosperidad social, y además fuente de la felicidad personal*, dirá Jovellanos, uno de los ilustrados que más escribió en favor del progreso y de la ‘civildad’ para desterrar la ‘barbarie’ (vid. *infra*, nota 15), una oposición de conceptos que estará presente en toda la literatura europea del momento. En consecuencia, los ideales pedagógicos vuelven a ocupar el primer plano literario, con la misma aspiración humanista de poder llevarlos a cabo desde una conciencia moral de valor universal. A diferencia de los moralistas del siglo anterior, los autores dieciochescos españoles se instalaron más en la imitación que en la invención de nuevos marcos y pretextos para ‘enseñar deleitando’, objetivo común de la prosa didáctica desde antiguo. De manera que, frente a lo que sucedió en Francia, Inglaterra o Alemania, no se dieron auténticas innovaciones hasta la segunda mitad del siglo, en la que aparecieron *El pensador* de Clavijo y Fajardo (vid. *infra*, n. 42) y las *Cartas marruecas* de José Cadalso, dos de

los textos más valiosos de aquella centuria. Ambos son también una perfecta muestra del enorme interés sociológico que adquirió la sátira en todas posibilidades estilísticas, convirtiéndose, significativamente, en la modalidad dominante en la literatura del periodo. La obra de Cadalso resulta además excepcional, ya que, en su mayoría, los escritores ‘ilustrados’ españoles no pasaron de ser brillantes ensayistas, más o menos eruditos, con un afán normativo dominante: proporcionar textos útiles para regular las más diversas materias, desde el adiestramiento de los gustos teatrales a la reforma agraria².

España, que desde fines del seiscientos era vista por los observadores extranjeros (y algunos nacionales), como un cuerpo extenuado y sin energía, experimenta en las primeras décadas del setecientos una renovación de sus estructuras que la mayoría de los cronistas atribuyen a iniciativas reales. La voluntad de orquestar cambios se hizo notoria con Felipe V, el monarca que inaugura la dinastía de los Borbones, pues durante su reinado (1700-1746) la corte se abrió a distintas influencias europeas³. Se producen entonces importantes reformas sociales que se completaron con las llevadas a cabo en las obras públicas durante el rei-

² La agricultura fue interés central de los ilustrados europeos porque la economía seguía dependiendo básicamente de ella. En España la escasez de industria hacía que la mayor parte de la población trabajadora se dedicara a cultivar tierras de la Iglesia o de la nobleza, en condiciones extremadamente precarias especialmente en Castilla, Extremadura y Andalucía. Recuérdese que la situación de empobrecimiento del campesinado, agravada por continuos impuestos, fue determinante en la Revolución francesa, mientras que Inglaterra organizaba mejor las ganancias agrícolas propiciando inversiones, desarrollo de las manufacturas, etc., lo que desembocó en un mayor progreso frente a los demás países. El texto más importante sobre este asunto fue el *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos (1794), cuyo proyecto de reparto se considera antecedente del agrarismo progresista de Joaquín Costa a comienzos del XX (vid. parte 4^a, nota 59).

³ Nieto de Luis XIV, Felipe de Anjou se convirtió en el candidato francés en la Guerra de Sucesión entre 1700 y 1713. Por su propuesta centralista, fue efendido por Castilla y Andalucía, y acabó venciendo a su contrincante, el archiduque Carlos, de la Casa Real austriaca y favorito de Inglaterra, cuyo proyecto foralista fue apoyado en cambio por Levante y Cataluña. Aunque intentó ‘españolizarse’, Felipe V nunca dejó de aspirar a ser también rey de Francia, junto a la que intervino siempre en los grandes conflictos entre potencias europeas durante las tres décadas largas que duró su mandato: 1714-1746. Un periodo en el que España siguió aminorando su peso internacional, como demuestra la pérdida de Gibraltar, por ejemplo.

nado de Fernando VI (1746-1759), más marcado por la imitación francesa; unas obras que, según muchos historiadores, llevaron al país “a la modernización que ya tenían el resto de los países europeos”, puesto que España se había quedado notablemente rezagada. A Felipe V se debe una decisiva labor de difusión cultural, puesto que creó numerosas instituciones dedicadas a la investigación. Entre las más importantes, la Biblioteca Nacional, fundada por el propio rey y abierta al público en 17124, y la Real Academia Española (RAE), fundada al año siguiente con el propósito de cuidar y fijar la pureza y elegancia del castellano como idioma oficial español. Aunque el fenómeno de la creación de academias venía de más lejos (vid. 2ª, nota 252), sólo en este siglo se convirtió en auténtica obsesión, con el afán de imitar instituciones francesas e italianas; así la Academia de las Buenas Letras de Barcelona (1751) y Sevilla (1752), la Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, o la Academia del Buen Gusto, que en su mayoría tuvieron como origen reuniones privadas en casas de nobles5. Aquellos académicos aristócratas mantuvieron posturas encontradas ante los autores barrocos: mientras en la RAE se utilizaron para elaborar el gran *Diccionario de autoridades* (1726-1739) –la obra lexicográfica más completa en la Europa de la época–, el primer director de la Real Academia de la Historia, en cambio, hizo una defensa a ultranza del Neoclasicismo atacando el Barroco6. Con todo, el peso de la cultura barroca se dejó sentir durante el reinado de los dos primeros borbones, hasta 1760 especialmente. Algún ilustrado pesimista como **Juan Pablo Forner** (1756-1797) escribiría todavía en el último tercio del siglo unas *Exe-*

4 Felipe V donó los fondos bibliográficos que existían en el Palacio Real, así como con los que él mismo había traído de Francia y los que le legó el arzobispo de Valencia tras su muerte.

5 Lo que hoy se conoce como Real Academia de la Lengua, por ejemplo, tuvo su origen en una tertulia privada que tenía en su casa D. J. M. Fernández Pacheco, marqués de Villena, y a la que acudían numerosos literatos, abogados, historiadores, catedráticos de universidad, etc. Al verse desbordada con nuevos miembros, Villena solicitó al rey el nombramiento oficial de la academia, por lo que pasó a ser su primer director.

6 Cuando inició sus actividades en 1736, declaró como objetivo primordial el “purificar y limpiar la historia de nuestra España de las fábulas que la deslucen”, y que consideraban se habían forjado principalmente en el ‘nefasto’ siglo XVII.

quias de la lengua castellana donde añoraba el poder que tuvo el español como lengua de cultura en el siglo XVI, culpando a los modernos ‘corruptores del idioma’ (galicistas y dómines pedantes) de haber sepultado definitivamente su antigua pureza y su esplendor literario; y lo hizo bajo el pretexto de un imaginario viaje del autor al Parnaso que ya usaron antes Cervantes o Saavedra Fajardo⁷.

Todas las discusiones de relevancia intelectual se dieron en aquellos foros y en las llamadas ‘sociedades de amigos del país’, que, por iniciativa vasca y desde un interés inicial por el desarrollo económico, fueron dando cabida a la ‘ilustración’ sobre diversas ciencias y artes⁸. Llegaron a ser unas cincuenta repartidas por toda España: pretendían ayudar a difundir cultura y luchaban por suprimir la Inquisición defendiendo ideas neoclásicas, que en muchos casos tomaron cuerpo en numerosos textos reformistas subvencionados por ellas, como sucedió con el citado *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos. Poseían nutridas bibliotecas y, en muchos casos, licencia gubernamental para leer libros prohibidos, en un momento en que seguían divulgándose índices de títulos censurados y se vigilaba todo lo que entraba desde el extranjero⁹. A estas ‘sociedades económicas’ hay que sumar también las diver-

7 Forner, de origen valenciano aunque nacido en Mérida, fue uno de los más enérgicos polemistas de todo el siglo, famoso por diatribas como las tituladas *El asno erudito* y *Los gramáticos, historia chinesca* (ambas de 1782), escritas en contra de Tomás de Iriarte. En este caso se valió del modelo de la sátira menipea (en prosa y verso) para plantear la discusión del autor con escritores muertos, analizando el pasado literario y estableciendo juicios sobre el presente. El texto, al igual que otras sátiras suyas, permaneció inédito mucho tiempo y no ha llegado a fijarse con exactitud la fecha en que fue escrito.

8 La pionera fue la Sociedad Vascongada de Amigos del País, reconocida así en 1764 por los poderes públicos después de que cobrara grandes dimensiones la academia que celebraba el conde de Peñaflores en su villa de Azcoitia; en ella cada día de la semana los asistentes (clérigos seculares e hidalgos progresistas, militares y funcionarios reales, en su mayoría) se dedicaban a hablar de diversas materias: matemáticas, física, historia, geografía y música. A imitación suya, se crearon varias por toda España, siendo la más famosa la Sociedad Matritense de Amigos del País.

9 En 1752 se dictó un decreto conocido como el Auto de Curiel por el que se prohibía la importación de libros en español que habían sido publicados en el extranjero. Los libreros tenían obligación de poseer una relación de obras a la venta en su local, pero era habitual que los inspectores ‘hicieran la vista

sas tertulias —palabra que adquiere dignidad especial en este siglo—, en las que participaron los principales escritores del momento, como la de la Fonda de San Sebastián, fundada por Nicolás Fernández de Moratín (*infra*, n. 83), que funcionó desde comienzos de los setenta hasta finales del siglo. A diferencia de las tertulias que compartieron Cervantes o Lope con clérigos y aristócratas en algún estudio privado de Madrid (vid. 2ª, nota 167), éstas se erigieron en foco de difusión de las nuevas ideas ilustradas, si bien mezcladas con charlas más banales, como los toros, por ejemplo, que levantaron grandes pasiones; y no es de extrañar que terminaran siendo materia cómica de algún sainete que ponía en solfa su pretendida seriedad¹⁰.

Al igual que otros países europeos, España registró en su literatura las grandes contradicciones que llenaron el siglo. Las más visibles se produjeron en los nuevos gustos culturales de los ilustrados: junto al elitismo de ciertas aficiones y una artificialidad de indumentaria y maneras que se tomaron como consignas de elegancia, se dio una auténtica “fascinación por lo populachero”, en palabras de algún historiador. Principal ejemplo de lo primero es el gusto por la ópera italiana, que surge por el deseo de imitar el refinamiento de la nobleza —de reyes melómanos como Felipe V, cautivado por Farinelli—, o el que han visto en sus viajes. En el polo opuesto se sitúa el fenómeno del ‘majismo’ (vid. *infra*, notas 109-113), y muchos motivos de la poesía satírica, coincidentes con los de los famosos *Caprichos* goyescos. Las contradicciones más profundas se esconden sutilmente, en cambio, en los múltiples discursos de eruditos y literatos. Los ilustrados abogan por una idea de educación cívica que está indisolublemente ligada a la forma de gobierno, y éste se ocupa entonces de promover una nueva moral fundamentada en virtudes nuevas. La sociabilidad, por ejemplo, exige la práctica de la benevolencia, la beneficencia y el humanitarismo (virtud por excelencia), pero a veces entra en conflicto con la idea de igualdad y libertad,

gorda’. Además de la ayuda de los libreros, se podían conseguir libros de contrabando en los puertos de mar y puntos fronterizos como Irún, etc. En cualquier caso, parece que los censores solían entrar en funciones cuando el libro ya estaba a la venta y leído.

¹⁰ Es el caso de *Las tertulias de Madrid o el porqué de las tertulias* (1770), en el que Ramón de la Cruz habla de los pedantes ociosos que las frecuentaban (vid. *infra*, cap. 2).

según se lo plantearon Rousseau o Kant en varias de sus obras. Al lado de un ideal de sociabilidad que llevó a proponer, por ejemplo, loables medidas para proteger a las clases marginadas¹¹, se dio, sin embargo, entre los ilustrados un fuerte clasismo, debido en parte a su propia extracción social y sus compromisos cortesanos: casi todos ellos tienen vínculos que les atan a la más rancia aristocracia. Quizá la mayor de las contradicciones se da respecto al ideal de tolerancia propugnado por Voltaire y los enciclopedistas, quienes defendieron el eclecticismo en términos que podrían haber suscrito pensadores independientes como Erasmo en el siglo XVI¹². Tal ideal se vio arrumbado de continuo en las numerosas y apasionadas discusiones provocadas por el fanatismo patriótico, que fue creciendo sobre todo a partir de 1765, momento en el que cobran auge el nacionalismo inglés y el francés. En España, aunque la pugna con otras naciones venía de muy atrás, es ahora cuando crece la violencia verbal entre todos aquellos que sintieron atacada “la gloria española”, tanto literaria como política, por los que consideraban juicios infamantes de los extranjeros. Lo cual generó todo un debate a gran escala del que pocos prosistas se quedaron al margen; una circunstancia más que justifica que el uso del pseudónimo se generalizara entonces como en ninguna otra época.

A partir de mediados de siglo, fueron muchos los ríos de tinta que corrieron entre ataques, apologías, refutaciones y revanchas, enmascarados a menudo a través de los muchos nombres solemnes con que se bautizó al escrito ensayístico en este siglo –informe, memorial, discurso, oración, etc.–, adaptados siempre al tipo de público al que se destinaban. Lo interesante es la evolución que presentan las actitudes de los

¹¹ Los locos o los gitanos, por ejemplo, centran la atención de muchos discursos y pragmáticas que pretenden desligarlos de la imagen popular que los asociaba exclusivamente a la delincuencia.

¹² “El ecléctico –define la Enciclopedia francesa– es un filósofo que, pisoteando el prejuicio, la tradición, la antigüedad, el consentimiento universal, la autoridad, en una palabra, todo lo que subyuga al vulgo de los espíritus, se atreve a pensar por sí mismo, a remontarse a los principios generales más claros, examinarlos, discutirlos, no admitir nada sino por el testimonio de su experiencia y su razón; y de todas las filosofías que ha examinado sin miramiento y sin parcialidad, hacerse una particular y doméstica que le pertenece...” Muy similares razones daba Erasmo en *El Enquiridion*: vid. tomo I, parte 2^a, 2.

prosistas ilustrados a medida que avanza el siglo. Mientras que hacia 1750 los ilustrados españoles se avergonzaban del atraso nacional, sobre todo en obras científicas, y pocos eran los que se atrevían a hacer una defensa razonada de la propia cultura, “por los años de 1780 y 1790 los autores españoles confiaban en el progreso de su país lo suficiente como para volverse contra la crítica exterior”, una situación que hubiera sido imposible cuarenta años antes (N. Glendinning*). Crece entonces la ansiedad de refutar haciendo alardes de ‘patriotismo’, y se intensifica la crítica, por cualquier vía genérica, de los valores literarios de Francia, a medida que las relaciones entre ambos países van empeorando.

Como una provocación intolerable se recibió en 1782 el artículo que el francés Masson de Morvilliers incluyó en la *Encyclopédie méthodique* bajo el título “¿Qué se debe a España?”, que venía a reforzar el criterio negativo que sobre los españoles había manifestado tiempo atrás Montesquieu en sus *Lettres persanes* (1721)¹³. A ello se sumaban algunos relatos de viajes considerados injuriosos (vid. *infra*, nota 53), ante los que se reaccionó con textos que pretendían reivindicar los progresos españoles “en las ciencias y en las artes”, tal y como llegó a pedir el propio gobierno en un concurso público que convocó en 1785. Lo ganó la ***Oración apologética por la España y su mérito literario*** (1786) de

¹³ Las *Cartas persas* tuvieron un éxito y difusión enormes. Aunque ya Voltaire había hecho críticas a la cultura española, fue Montesquieu el más contundente. En la carta LXXVIII, se inventa que uno de los dos correspondientes persas (Usbek, viajero rico), recibe de su amigo la copia de otra carta escrita por un francés que lleva seis meses viajando por España, y que ha encontrado, entre otros, los siguientes defectos en los españoles: son orgullosos, lo que les lleva a despreciar oficios manuales y a ser vagos (una fama arrastrada desde el siglo XVI); están más inclinados a amoríos y galanterías que al estudio, por lo que su gravedad es sólo aparente (el bigote, la capa, etc.) y justifica su adhesión al carácter inquisitorial; *Primero son devotos y después celosos*, asegura Montesquieu, y tienen *bibliotecas muy pobres con dos tipos de textos enemigos de la razón humana: novelas o textos escolásticos; desconocen los descubrimientos de su propio continente y no manifiestan interés por ellos*, etc. En su examen llegó a afirmar que el único libro español de mérito era *El Quijote*, y criticó ampliamente los demás. Muchos fueron los autores que rebatieron con indignados argumentos el artículo de Masson, alguno de los cuales tuvo gran repercusión en Alemania, hostil a la absorbente expansión cultural francesa.

Juan Pablo Forner (*supra*, n. 7), por saber dar contundente respuesta a lo que se consideraba una grave ofensa a la patria, y ello le valió una sustanciosa pensión estatal, como si de una defensa militar se hubiese tratado. Forner defendía España atacando lo extranjero, con argumentos tan peregrinos como comparar la obra de Cervantes con la de Leibniz y Descartes, alabando la superioridad del mérito del *Quijote* y, en general, la solidez de pensamiento de sus compatriotas frente a la superficialidad francesa, con claras alusiones a los enciclopedistas, por los que demuestra un total desinterés. Mucho más inteligente y ponderado había sido, en cambio, el juicio de Cadalso casi veinte años antes, en su libelo *Defensa de la nación española contra la carta LXXVIII de Montesquieu*, que, en su afán de imparcialidad, guarda estrecha relación con los planteamientos de sus *Cartas marruecas* (vid. *infra*, nota 58). Pero ni uno ni otro pudieron impedir que el asunto siguiera levantando ampollas durante casi un siglo.

Las actitudes de los escritores españoles ante la cultura francesa marcan definitivamente las diferencias ideológicas a lo largo de dos centurias, y atraviesan por fases muy distintas; desde la *Antipatía de franceses y españoles* de Feijoo (vid. *infra*), y las ‘cartas de desagravio’ como la citada *Defensa* de Cadalso, con las que los ilustrados españoles tuvieron que combatir a veces a los propios ideólogos franceses que fueron sus maestros –el suyo fue a veces un ‘afrancesamiento disidente’, podríamos decir–, hasta la trágica fase del exilio forzoso de todos los partidarios del Bonaparte invasor (*infra*, nota 128). Del interés por la literatura francesa, manifiesto en un sinfín de traducciones que influyeron en estilo y contenidos –los impresores españoles aprendieron también mucho de Francia–, se pasó al temor a que su influencia pusiera en peligro la identidad nacional. Y mientras algunos sólo ridiculizaron el detalle de una moda (el afeminamiento de los ‘petimetres’, por ejemplo, que satirizarían Cadalso o Moratín: *infra*, n. 109), otros ilustrados en cambio, como Forner, declaran abiertamente que la Revolución francesa había llegado a ser “un mal nefasto”. Actitud ésta que justifica el que, ya en las primeras décadas del siglo XIX, y tras el primer intento de una constitución democrática (1812), Mariano José de Larra se atreviera a censurar el casticismo de la Ilustración española (C. Blanco Aguinaga-Rodríguez Puértolas*). Sin embargo, el maniqueísmo que estuvo justificado en tiempos de Larra puede ser estrecho de miras para nosotros si queremos comprender la complejidad del periodo. No todo se expli-

ca desde oposiciones taxativas como la de ‘afrancesados’ frente a ‘casticistas’ –fueron posturas movedizas en muchos casos, según la circunstancia vital o el género literario usados–, y mucho menos desde el prejuicio de atribuir ‘progresismo’ a todos los ilustrados, cayendo en la falacia de verlos como una clase ideológicamente homogénea sólo por que compartieran una educación similar¹⁴.

El peso de la tradición

El impulso que se dio a los estudios en el extranjero a partir de la subida al poder de Fernando VI en 1746 fue factor decisivo para conseguir que el pensamiento europeo ayudara a forjar una mentalidad más cosmopolita en España. Sin embargo, el alcance no puede magnificarse pues solo fue provecho de selectas minorías. La creencia en la igualdad natural del género humano, por ejemplo, arraigó con fuerza en la obra de **Gaspar Melchor de Jovellanos** (Gijón, 1744-1811), el ilustrado español que mayores responsabilidades políticas llegó a asumir y que más influencia ejercería sobre los legisladores de la primera Constitución española en 1812, contribuyendo notablemente a la reforma de la educación. En su pensamiento se trasluce la huella del jansenismo, un movimiento que pedía el control de todos los asuntos eclesiásticos por parte del Estado, al tiempo que una reforma de la religiosidad basada en la mayor formación del clero, al que acusaban de retrógrado¹⁵. Los

¹⁴ En sus biografías destacan los orígenes sociales altos y el predominio de profesiones vinculadas a la política, de continuo trato cortesano, que en muchos casos les obligan a mantener actitudes conservadoras. Pero se dan diferencias sustanciales entre el conformismo de algunos, de carácter acomodaticio a los cambios de poder, y la valentía de otros que, en cambio, pagaron caro sus gestos de rebeldía: Cadalso, Jovellanos y el dramaturgo García de la Huerta, por ejemplo, conocerán en distinto grado la injusticia del destierro e incluso el encarcelamiento: vid. *infra*, nota 128.

¹⁵ Jovellanos, a quien caracterizó siempre una gran honestidad y coherencia de pensamiento, se manifestó en varias ocasiones contra los obispos que no colaboraban en su proyecto reformista, que le negaban subsidios para la instrucción popular que quería llevar a cabo desde instituciones como el Instituto Asturiano, etc. Con el tiempo, sería uno de los primeros en experimentar el drama de los ilustrados: elegir entre serle fiel al gobierno

Diarios que Jovellanos escribió entre 1791 y 1808, producto de sus viajes, son un excelente documento histórico sobre la vida cotidiana en el siglo XVIII y, sobre todo, un texto fundamental para descubrir la visión crítica que el ilustrado tuvo de España, y la división interna que experimentó ante ella. Un sentimiento que anticipa ya el que tendrían después muchos intelectuales del 98: Jovellanos, serio pensador de la ‘cuestión nacional’ como lo sería Unamuno, siente amor por el pasado del país, pero al mismo tiempo hace a ese pasado responsable de los síntomas de su decadencia (A. del Río). Declara allí, por ejemplo, que le molesta ver los pueblos españoles presididos por torres de iglesia, porque las considera “derivadas de los bárbaros orientales y de las fortalezas”. Entender estas palabras del escritor asturiano supone comprender cuánto de ‘ancla’ en el pasado tuvieron para los ilustrados las distintas órdenes católicas, que tanto pesaron (objetivamente hablando) sobre la formación de los autores y sobre la difusión de sus obras. El clero español, que tenía a su cargo la mayor parte de los colegios –la nobleza controlaba a su vez los llamados ‘colegios mayores’ universitarios– seguía muy estancado en la tradición y estaba más dedicado a fomentar vocaciones que a difundir cultura. Mientras en Francia se estaba dando una clara oposición entre la figura del ‘filósofo’ librepensador y la del ‘beato’ –*dévo*t se hizo sinónimo de gazmoñería e intransigencia–, en un camino abierto hacia la laicización del país, los altos cargos eclesiásticos españoles daban continuas muestras de su talante reaccionario, oponiéndose a los científicos y grupos minoritarios de intelectuales que, insatisfechos con la España de Carlos II, se bautizaron como *novatores*¹⁶. Las presiones más intensas se dieron en la primera, cuarta y última década del siglo. Diversos procesos inquisitoriales contra ilustrados, a veces por absurdas acusaciones de herejía, justifican

impuesto por Napoleón, sumarse al movimiento constitucionalista de Cádiz, o apoyar a una Junta Central de continuidad, que es por lo que terminaría optando, con grandes temores expresados a su amigo, el ministro Cabarrús en 1808; vid. *infra*, nota 128.

¹⁶ La primera obra en que se habla despectivamente de ellos es del obispo de Jaén, Francisco Palanco, en su *Dialogus physico-theologicus contra philosophiae novatores*, de 1714. Todavía en 1770 hay algunos obispos que siguen quejándose ante Carlos IV de que él mismo proporcione ejemplares de las obras de los ‘subversivos’ Voltaire y Rousseau a los párrocos que tenían algunos conocimientos de francés.

las disidencias que se dieron dentro del propio seno de la Iglesia. Y no deja de ser significativo que a ésta pertenezcan varios de los prosistas más importantes de la primera mitad de siglo.

El primero de ellos es el fraile benedictino **Benito Jerónimo Feijoo** (Orense, 1676-1764), quien alternó toda su vida la docencia universitaria con sus responsabilidades conventuales en Oviedo, pues ya en 1720 escribía que el inquisidor general era “amantísimo de la anti-gualla y está amenazando con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España”. Feijoo ocupa en la prosa ensayística del siglo XVIII el lugar destacado que tuvieron el franciscano fray Antonio de Guevara en la del siglo XVI, y el jesuita Baltasar Gracián en la del XVII. Sin embargo, el interés que revisten sus ideas no es en modo alguno equiparable al de sus aportaciones a la prosa literaria española, cuyo valor no puede magnificarse. Pese a ser considerado por muchos como el ‘padre del ensayo moderno’, en su extensa obra Feijoo no hace sino perseverar en modelos practicados ya en el siglo XVI, auténtico arsenal de géneros para los escritores neoclásicos. Lo verdaderamente importante es el debate ideológico que provocó ya desde su primera obra, el *Teatro crítico universal* (1726), que puede considerarse como el arranque de nuestra Ilustración. El libro tenía suficientes rasgos de heterodoxia como para captar en él cierto perfil revolucionario. Desestimaba por igual el aristotelismo y las meras exégesis de los Padres de la Iglesia –Feijoo no se pliega sin más al respeto a la *autoritas*–, y revisaba seriamente por primera vez ciertos conceptos importantes, como el ‘patriotismo’, atreviéndose a atacar “la pasión nacional” con la que, de forma tan parcial, a su juicio, se escribía la Historia¹⁷. Al poco tiempo de aparecer, la obra tuvo enseguida un *Anti-Teatro Crítico* (1729-1731) al que sucedieron otros ataques, provenientes sobre todo de médi-

¹⁷ Escribe en “Amor de la patria y pasión nacional”: ... *cada uno se balla mejor con las cosas de su tierra que con las de la ajena, y así le retiene en ella esta mayor conveniencia suya, no el supuesto amor de la patria. [...] no sólo las conveniencias reales, más también las imaginadas, tienen su influjo en esta adberencia. El pensar ventajosamente de la región donde hemos nacido sobre todas las demás del mundo, es error entre los comunes, comunísimo. [...] Lo peor es que aun aquellos que no sienten como vulgares, hablan como vulgares. Este es efecto de la que llamamos pasión nacional, hija legítima de la vanidad y la emulación. [...] Por uno y otro motivo atribuyen a su nación mil fingidas excelencias aquellos mismos que conocen que son fingidas.* (*Teatro crítico*, tomo III, discurso X).

cos y filósofos tomistas, hasta el punto que el propio rey Fernando VI llegó a prohibir en 1750 que circularan impresos¹⁸. Al igual que Montaigne o Bacon, Feijoo sintió recelo hacia cualquier filosofía sistemática, proponiendo una reflexión más libre sobre todo tipo de problemas de actualidad, arriesgándose a proponer soluciones y sin renunciar a analizarlos a fondo –con el ‘desapasionamiento’ que ya propugnaron los humanistas–, lo que no impide que caiga a veces en esas argumentaciones silogísticas que tanto censuró, por su abuso, en las universidades españolas.

Tal vez el valor más importante que quepa atribuir a Feijoo sea el de haber renovado e impulsado el género de la miscelánea en el setecientos, con unos objetivos similares a los que tuvieron Pedro Mejía o Antonio de Torquemada dos siglos antes (vid. 2^a, n. 51). Él mismo definió como ‘literatura mixta’ su modo de practicar el enciclopedismo: la prosa que pretendía divulgar novedades científicas, desde la Física a la Biología, al tiempo que hacer reflexionar sobre fenómenos naturales más o menos extraños –desde los eclipses a ciertos sucesos tenidos por milagros– con el fin primordial de “enmendar errores comunes”¹⁹. A tal género misceláneo pertenecen sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), en las que se ocupa de las más diversas cuestiones morales y sociológicas, fingiendo dar respuesta a la petición real de un interlocutor, pretexto que ya había sido usado por el Guevara de las *Epístolas familiares*,

¹⁸ Debe tenerse en cuenta que Feijoo contó siempre con el apoyo real para publicar sus obras, al igual que los de su propia orden. Y es significativo que dedicara la mayoría de ellas a altos mandatarios civiles y eclesiásticos: “Su aceptación complaciente de los valores aristocráticos incluso llega a ser un elemento que repugna al lector moderno” (N. Glendinning).

¹⁹ Se ha dado una interesante interpretación de este propósito, central en la obra del autor: “El móvil literario real de Feijoo no es tanto desengañar a los españoles como explayar su personalidad por el vasto campo de los Errores comunes. Su obra, más que un repertorio de ideas dieciochescas, es su propia novela, como lo sugirió Emilia Pardo Bazán en su magnífico ensayo sobre Feijoo. Percibió la escritora gallega que lo esencial en la obra del benedictino no es el racionalismo sino la forma en que él lo vive. Y es que en definitiva las supercherías y supersticiones combatidas por Feijoo juegan, en su vida y en su obra, el mismo papel que las soñadas invenciones en la imaginación de D. Quijote” (Juan Marichal).

con el que comparte muchas inquietudes²⁰. Con el afán de explicarlo racionalmente todo, llega a interrogarse, por ejemplo, por ese “no sé qué” inefable adonde no llega la razón: lo bello, lo sublime, lo genial, que debe ser captado por una categoría especial de nuestro espíritu (“Descubrimiento de una nueva facultad o potencia sensitiva en el hombre”, *Cartas eruditas*, tomo IV, carta 6); y se considera con autoridad para opinar sobre todo aquello que venían discutiendo los académicos, como que “la elocuencia es naturaleza y no arte”, o los criterios para desestimar la novela frente a otros géneros (*Cartas eruditas*, V, 22 y *Teatro crítico*, IV, 7). Tan pronto razona sus críticas a la nobleza desocupada, uno de los grandes temas satíricos de todo el siglo, como se atreve a definir el amor, por ejemplo. Al igual que Guevara, también tuvo Feijoo que defender en numerosas ocasiones su originalidad, muy limitada en los temas científicos²¹. Pero no es precisamente su estilo lo que más cabe elogiar en él (aunque se sentía orgulloso de haber creado un estilo propio), pues incluso con la naturalidad y espontaneidad de la que hace gala frente al “estilo hinchado” de los tratadistas barrocos, manifiesta su mismo gusto por la “bizarria expresiva” (R. Lapesa), con símiles y recursos que eran demasiado comunes entre predicadores. Aunque los datos de transmisión de la extensa obra de Feijoo pudieran hacer pensar que se consultó como nuestro auténtico enciclopedista, pasado el primer impacto, no fue tan leído como se piensa. Hacia los años ochenta parece que ya nadie se interesaba por él, mientras que alcanzaban tiradas sorprendentes los novelones moralizantes de otros clérigos (vid. *infra*, n. 29-32).

Suele tenerse por máximo indicio del moderno racionalismo de Feijoo el intento por combatir la superchería popular, la creencia en

²⁰ En efecto, no toma como modelo a los franceses coetáneos como Montesquieu (como sí lo hará después Cadalso), sino al viejo obispo de Mondoñedo, o tal vez las más cercanas *Epístolas varias* (1675) de Félix Lucio Espinosa. Al igual que ellos, Feijoo usa el pretexto de la carta para enseñanzas que afectan a profesiones particulares, como en su ensayo *Balanza de Astrea*, en el que inventa una supuesta carta de un viejo abogado a su hijo aún inexperto para darle consejos útiles para ejercer la abogacía.

²¹ Como en el caso de los viejos autores de misceláneas, la mayor parte de sus noticias provienen de compendios coetáneos, como las jesuíticas *Mémoires de Trévoux* y el *Journal des Savants*, y algún médico inglés que había leído traducido, a cuyas teorías aporta su experiencia personal.

adivinaciones, en duendes y en falsas milagrerías que estaba tan extendida entre el vulgo (*Teatro crítico*, III, 4). Pero no puede olvidarse que el asunto, por ser un desafío a la razón y al propio dogma católico, había sido ya preocupación constante de un amplio sector del Humanismo renacentista y de Erasmo al frente del mismo²². El interés por la magia y las cuestiones ocultistas había vuelto a intensificarse entre frailes de distintas órdenes a finales del siglo XVII, que produjeron libros disparatados en su propósito de filosofar sobre la existencia de seres sobrenaturales o diabólicos²³. Lo que hace Feijoo es retomar, con prurito científico, una vieja discusión sobre los límites de la credulidad que ya estaba en el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada (vid. 2^a, n. 56), si bien aplicando argumentaciones que empezaban a extenderse entre todos los ilustrados europeos, y sin preocuparse por la amenidad de su prosa, cuyo valor estrictamente literario queda a gran distancia de la de aquel humanista leonés. Lo interesante es que en Feijoo todo esto forma parte de su afán de separar ciencia de religión, y que su propuesta se da en un momento en el que las universidades españolas no se ocupaban aún de las asignaturas experimentales. En este sentido, Feijoo se adelanta a la batalla por la reforma de los planes de estudios librada por los ilustrados para imitar pautas de las nuevas universidades alemanas o británicas, y las de la moderna universidad napoleónica después.

El autor que mejor supo sacarle partido literario a la superstición en el ‘Siglo de las Luces y la razón’ fue **Diego de Torres Villarreal** (Salamanca, 1693-1770), hombre de peculiar personalidad y trayectoria vital, que fue uno de los pocos escritores que logró vivir de su pluma²⁴.

²² Lo mismo cabe decir de la “modernidad” que suele atribuirse a otros textos de Feijoo como “La defensa de las mujeres”, algunas de cuyas ideas pueden leerse ya en algunos humanistas imitadores de los *Colloquia del de Rotterdam*.

²³ Es el caso del provincial de los capuchinos, Antonio de Fuentelapeña, en su obra *El ente dilucidado, discurso único novísimo, en que se muestra que hay en naturaleza animales irracionales invisibles, y cuáles sean* (Madrid, 1676), en el que se propuso demostrar la existencia de los duendes, y su naturaleza no *angélica ni diabólica*; o el libro del jesuita gaditano Hernando Castillo: *Historia y Magia natural o ciencia oculta con nuevas noticias de los más profundos misterios y secretos del Universo visible* (1692), que algunos consideran como precedente de las modernas teorías ocultistas.

²⁴ Hijo de un humilde librero, tras una etapa estudiantil de cierto desenfreno, se vio obligado a aceptar los más diversos oficios para escapar de la pobreza, hasta que llegó a ejercer como catedrático de Matemáticas en la universidad

Su relación con la literatura resulta incluso más interesante que su obra en sí misma, pues se vio rodeado de numerosas polémicas como profesor universitario –fue víctima de inquinas sectarias–, y también como beneficiario de la credulidad del vulgo, que lo tuvo por nigromántico. Uno de sus primeros títulos, el *Viaje fantástico del Gran Piscator de Salamanca* (1724) –ampliado después como *Anatomía de todo lo visible e invisible. Compendio universal de ambos mundos* (Salamanca, 1738)– es un sueño muy del gusto barroco en tono autorreflexivo, que delata ya la gran curiosidad intelectual que siempre le acompañaría; particularmente en materia de astronomía y astrología, conocimientos cuyo rigor y ortodoxia han sido puestos en entredicho y que son los que le hicieron famoso en su momento, como demuestran varios amenos pasajes de su *Vida* (vid. *infra*). Para algunos estudiosos, Torres es el “contrapunto oscurantista” de su contemporáneo Feijoo; pero quienes defienden su modernidad, en cambio, apelan a su postura antiescolasticista, a su eclecticismo, y al hecho de que en él conviviera un cierto pesimismo barroco “con el cinismo de un libertino intelectual y el cálculo propio de la conciencia burguesa”²⁵.

Torres Villarroel quiso claramente pasar a la historia literaria como un segundo Quevedo. Lo demuestra cuando exactamente un siglo después de la publicación de los *Sueños y discursos* quevedianos, da a cono-

salmantina. Se ganó la vida publicando pronósticos y predicciones astrológicas bajo el título de *Almanaques del Gran Piscator de Salamanca* (apodo creado por él mismo) desde 1718 hasta 1766, lo que le restó autoridad ante ciertos foros de la Corte y el claustro universitario: ... *lo ridículo de mi estudio, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un estudiantón extravagante y un escolar entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero... Y, por mi desgracia y por su gusto, ando entre las gentes hecho un mamarracho...* (Introducción a su *Vida*: vid. *infra*). El negocio que suponía la publicación de esos pronósticos, que muchas gentes tenían por oráculos –Torres acertó al predecir la muerte de Luis I de Francia en 1724–, se muestra en la batalla legal que tuvo que emprender contra otro editor de los mismos. Algunos intentaron condenarle por judaizante, como se hizo con los novatores, aunque nada hay que pruebe su origen judeoconverso. Desengañado de sus intentos cortesanos, decidió ordenarse como presbítero en 1754.

²⁵ Se ha dicho que su interés por lo experimental se debe a su “veneración hacia Bacon”, pero que por temor a la Inquisición, tuvo una “tendencia científica conservadora”, que coincide con su reverencia hacia las jerarquías sociales y religiosas, cuyo trato personal exhibe de forma ingenua y servil en varios pasajes autobiográficos.

cer el que sería el más famoso de sus propios ‘sueños morales’: *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte* (1727-1728), que contiene una visión crítica de la capital en un momento en que se le había mostrado hostil a sus aspiraciones. A Quevedo lo emuló ya en los propios títulos y en el tono de sus prólogos, como sucede en el *Correo del otro mundo* (1725), quizá el más original de sus ‘sueños’²⁶; el *Sacudimiento de mentecatos* (1726), apasionada diatriba contra sus enemigos, que delata el talante desafiante que tuvo en su juventud, y *Los desabuciados del mundo y de la gloria* (1736-1737). Pero, sobre todo, supo imitar como nadie el estilo quevedesco, haciendo un gran despliegue de ingenio en la creación de imágenes, en las que abundan la animalización y la deshumanización hiperbólicas, y continuos juegos de palabras que ya no esconden, sin embargo, complicados juegos conceptuales o de ideas, lo cual es “una diferencia esencial entre Torres y Quevedo” (N. Glendinning*). En cuanto al planteamiento satírico propiamente dicho, el autor salmantino pasa revista, igual que su maestro, a profesiones concretas que le llevan a consideraciones morales, pero se detectan diferencias también sustanciales: hay en él menos misantropía, más interés por la variedad que por la estructura unitaria, y la alegoría de *El mundo por de dentro* quevediano (que tenía calles simbólicas y un guía llamado Desengaño) se cambia en las *Visiones y visitas* por calles reales de Madrid, por las que el autor pasea ensalzando detalles que demuestra conocer bien, tal y como hicieron los costumbristas del siglo anterior, como Liñán y Verdugo o Vélez de Guevara. La huella de éstos se dejó notar todavía bastante tiempo después en otros libros como el *Viaje Aéreo desde el Prado de Madrid* (1789) de L. F. Comella y en algunos textos breves como la “Visita de los locos” publicados en *El pensador* (vid. *infra*, nota 42).

La influencia barroca sobre la prosa castellana fue muy notoria en las primeras décadas del siglo, especialmente la de Quevedo y Gracián, debida a las numerosas ediciones disponibles de sus obras. Coetáneo de los textos citados es el breve opúsculo satírico titulado *Virtud al uso y*

²⁶ ... yo no escribo para que aprendas ni te hagas docto –escribe en el prólogo del *Correo del otro mundo*– pues a mí ¿qué se me da que tú seas estudiante o albañil? [...] Yo escribo porque no tengo dinero, ni dónde sacarlo. Es una obra en la que mezcla el sueño con el diálogo humanístico y el discurso epistolar.